

Revisados los contenidos de las distintas aportaciones, podemos concluir volviendo a mencionar la *Gramática descriptiva de la lengua española*. Si Fernando Lázaro Carreter la consideraba «la mayor empresa gramatical acometida en este siglo [el XX]» (Preámbulo, pág. XIII), creemos que la *Sintaxis histórica de la lengua española* lo va a ser en el XXI.

ROSA MARÍA ESPINOSA ELORZA
Universidad de Valladolid

COVARRUBIAS HOROZCO, SEBASTIÁN DE: *Tesoro de la lengua castellana o española*, edición integral e ilustrada de Ignacio Arellano y Rafael Zafra, Madrid, Universidad de Navarra / Iberoamericana / Vervuert, 2006 (Biblioteca Áurea Hispánica, 21), LXVI + 1639 págs.

Según indican Ignacio Arellano y Rafael Zafra en el «Prefacio», la principal novedad de esta edición —integral e ilustrada— del *Tesoro de la lengua* es que en ella se incluyen «todos los testimonios de Covarrubias, el *Tesoro* y el *Suplemento*. Por primera vez, pues, se puede manejar todo el conjunto, según hubiera querido su autor» (pág. xi). La presente publicación es fruto de una ardua tarea colectiva llevada a feliz término por el grupo de investigación GRISO, para la que los coordinadores —temiendo «las lenguas de los maldicientes y mal contentadizos»— con insólita humildad solicitan que «todo aquello que hayamos errado se nos enmiende con caridad y se nos advierta para otra impresión» (pág. xi).

En el prólogo primero —titulado «La edición integral e ilustrada del *Tesoro* de Covarrubias»—, Ignacio Arellano confiesa, en un primer apartado, los objetivos que han guiado la realización de esta nueva estampación del *Tesoro* de Covarrubias. Dos son, principalmente, las metas que se pretenden conseguir con esta edición: «primero, ofrecer una versión íntegra de todos los materiales conocidos que preparó Covarrubias, es decir, la parte impresa en 1611 y el *Suplemento* manuscrito, custodiado en la Biblioteca Nacional de Madrid [...]; y segundo, elaborar una edición moderna [...], con el fin de facilitar su consulta y manejo, manteniendo en todo lo posible el rigor crítico, teniendo en cuenta que el *Tesoro* ofrece una buena cantidad de problemas en cuanto a su ordenación y la coherencia de su presentación gráfica y estructura de las entradas» (pág. xiii). Además de la obra de Covarrubias, reproducida con tales criterios, esta edición va acompañada de tres añadidos esenciales: las adiciones de Noydens —que van en apéndice—, las ilustraciones al texto y un DVD que incluye la reproducción facsímil del *Tesoro* y del *Suplemento* y la versión digital del texto, lo que nos permite la consulta electrónica de la obra, de manera que en ese DVD encontramos una magnífica herramienta para movernos por esta «verdadera enciclopedia o miscelánea en donde a menudo resulta difícil localizar un motivo glosado en cualquier entrada, a la cual ha sido atraído por un mecanismo de asociación de ideas o de sonidos de casi imposible previsión» (pág. xiii).

En el segundo apartado de su introducción, Ignacio Arellano comenta las ediciones del *Tesoro* realizadas hasta el presente: la *princeps* (Madrid, 1611), texto básico para cualquier estampación posterior de la obra; la de Benito Remigio Noydens (Madrid, 1674), quien agregó unos añadidos que —en esta edición de Arellano-Zafra— se

recogen en apéndice, pero con los pertinentes envíos a él desde el texto de Covarrubias; la de Martín de Riquer (Barcelona, 1943), reimpresa varias veces, que es muy meritoria, sigue el texto de la primera edición —aunque con criterios casi paleográficos e incurriendo en algunas erratas— y recoge también los añadidos del padre Noydens; y la de Felipe C. R. Maldonado (Madrid, 1994), quien se basa fundamentalmente en la de Riquer, repite y aumenta las erratas de este, utiliza criterios clasificatorios poco rigurosos y, aunque incluye las adiciones de Noydens, no lo hace con el *Suplemento* del propio Covarrubias. Ignacio Arellano pasa revista luego al manuscrito *Suplemento* o *Apéndice*, que posiblemente Covarrubias dejó inconcluso por motivos de salud y que concibió como ampliación para enriquecer y mejorar las entradas del *Tesoro*; de este *Suplemento* se han realizado, con anterioridad, tres ediciones: las de B. Baylis y Crespo Hidalgo —ambas inéditas, la primera parcial y la segunda paleográfica— y la de Dopico-Lezra (Madrid, 2001) —casi paleográfica, que ofrece un texto bastante correcto, aunque con inevitables deslices—.

Por último, en el tercer apartado del prólogo primero, Ignacio Arellano explica los criterios empleados en esta edición del *Tesoro*, a fin de que el lector pueda manejarla con eficacia. De entrada, confiesa la imposibilidad de seguir unos principios rígidos y la necesidad de buscar a cada problema, para la clasificación de las entradas, una solución distinta y ajustada a la especificidad de cada caso, por lo que puede decirse que «esta edición del *Tesoro* ha tenido cierta vertiente de ejercicio poético más que científico: las delimitaciones de muchas entradas podrían haber sido otras. El crítico malintencionado buscará y hallará casos de criterios aparentemente contrarios: unas veces integramos entradas que podrían ir autónomas, otras dejamos autónomas varias que podrían haberse integrado. Con mucho agradecimiento y forzosa humildad atenderemos cualquier sugerencia en este sentido» (pág. xxvii). En lo tocante a la modernización textual —cuestión obligada, dado el caos grafémico de la obra— dos requisitos se les han impuesto a los editores: la actualización ortográfica, a fin de unificar las grafías para reordenar las entradas, de manera que estas puedan localizarse con facilidad; y respetar, en la medida de lo posible, el entramado textual de la obra, ya que muchos términos no están vinculados entre sí por su forma léxica sino por asociaciones semánticas e, incluso, por meros excursos divagatorios que surgieron sin plan previo de la pluma de Covarrubias. No hay que perder de vista, en todo esto, que la edición príncipe (1611) —único testimonio básico para la reproducción del texto—, sufrió amputaciones y cambios de manos de un copista poco escrupuloso, a lo que hay que sumar las indudables alteraciones gráficas introducidas por los cajistas de la imprenta y las probables incoherencias iniciales del propio lexicógrafo. Tal estado de cosas «exige intervenir críticamente en el texto, pues la reproducción casi paleográfica o pseudofacsimilar no refleja con justeza lo que quiso hacer Covarrubias, y es preciso enmendar o limpiar muchos lugares» (pág. xxviii). En tal sentido, «en la edición de 1611 se producen con frecuencia integraciones falsas de un término dentro de otro que han de segregarse y colocarse en su sitio, si fuera el caso, ya que están motivadas por errores tipográficos evidentes (el propio Covarrubias advirtió algunos de estos deslices y propone su corrección en el *Suplemento*). Por su parte, las incoherencias grafémicas del texto primigenio originan numerosos problemas de colocación de las entradas, que a veces se duplican o están mal ubicadas. ¿Qué hacer en tales casos? ¿Enmendar la grafía o la colocación? Los editores han optado por desplazar estas entradas al lugar que les corresponde según su formulación actual, marcándolas entre corchetes y acom-

pañandolas de sus correspondientes formas antiguas; y, cuando la complejidad del caso lo requiera, han aclarado las circunstancias del mismo mediante nota a pie de página. En los términos duplicados por aparecer con grafías distintas, ambas entradas se colocan juntas bajo su formulación actual, dejando los envíos a esta en los lugares correspondientes a sus grafías antiguas; sin embargo, hay numerosos casos que se complican y exigen la aplicación de soluciones particulares que han de justificarse en la correspondiente nota. El enorme caos ortográfico en la disposición de los términos dentro del corpus obliga a modernizar las grafías a fin de regularizar y unificar las entradas. Para evitar confusiones y respetar el original, los editores han arbitrado un sistema de doble entrada: se han conservado las formas antiguas de las vocablos, si bien en estos solo figura el envío a las términos en su formulación actual. Otros aspectos relativos a la modernización del texto son comentados a continuación. En cuanto a las tildes y la puntuación, se siguen las normas actuales, aclarando con ello no pocos pasajes equívocos u oscuros; con todo, cuando se conoce —que no es siempre— la acentuación antigua de una palabra, distinta de la actual, se ha respetado esta circunstancia. Por lo que toca a las abreviaturas, se respetan las obvias y fácilmente interpretables, pero se resuelven aquellas que plantean problemas interpretativos. Asimismo, se ha unificado la manera de citar los pasajes en latín, adoptando criterios de transcripción actuales; en lo referente a las expresiones helénicas, los editores no han querido modificar —salvo erratas evidentes— el texto original, respetando las peculiaridades del «griego creativo» de Covarrubias; y por lo que respecta a los términos hebreos se reproduce el texto de los originales —edición príncipe y manuscrito del *Suplemento*—, corrigiendo las erratas y reponiendo la vocalización. De todos estos problemas se van aduciendo casos ejemplares y selectos que ilustran las soluciones adoptadas para ellos.

A continuación, Ignacio Arellano explica los recursos tipográficos y marcas específicas empleadas en su edición del *Tesoro*, a fin de que el usuario del mismo pueda moverse por él con seguridad y conocimiento: negritas mayúsculas y minúsculas, cursiva, versalita, corchetes, comillas, flechas, asterisco, cruz y manecilla. Trata después el problema de la delimitación precisa de las entradas o cabezas de artículo en el repertorio de Covarrubias, ya que este —amén de los errores del copista y de los tipógrafos— no fue excesivamente riguroso en esta clasificación, de manera que los editores modernos han de suplir tales faltas atendiendo a datos internos de la obra —a veces, inciertos— y a criterios actuales —aplicados con voluntad de acertar— en una casuística muy complicada y varia, exponiendo algunos ejemplos para ilustrar la endiablada maraña de referencias internas y palabras derivadas que obligan a buscar la manera, no siempre unánime, de poner orden en el laberinto. La conclusión final, en todo caso, es que resulta imposible determinar exactamente el número de entradas del *Tesoro*, por la sencilla razón de que estas no aparecen discriminadas con precisión por Covarrubias en su obra. Para la búsqueda de términos que carecen de entrada específica por estar encastrados en otras definiciones, algunos editores modernos arbitraron soluciones particulares; Arellano y Zafra proporcionan para esto una eficaz herramienta, gracias a las modernas tecnologías, con la versión electrónica del *Tesoro* en DVD. Las ilustraciones de época que se añaden en esta edición tienen valores diversos y tratan de complementar una obra con una tendencia visual tan intensa como el *Tesoro*: unas son meramente decorativas —como los retratos de reyes o personajes ilustres, completamente inventados—; otras sirven para ilustrar gráficamente las definiciones de los términos —es el caso de plantas, objetos, herramientas, etc.—; por último, hay

ilustraciones estrechamente vinculadas a conceptos vertidos en el texto, como los grabados relativos a emblemas. La versión digital del *Tesoro* permite solucionar los problemas de búsqueda de cualquier término o concepto sin mayores dificultades, superando con creces las prestaciones que habían ofrecido otras ediciones anteriores para solventar este dilema, además de posibilitar la obtención de datos estadísticos para futuros trabajos de investigación; además, el DVD ofrece el facsímil de la primera edición del *Tesoro* y del manuscrito del *Suplemento*, lo que permite disponer de estos raros materiales y visualizar la disposición original del texto en ambos casos.

En el prólogo segundo —rotulado con el marbete «Las llaves del *Tesoro* de Covarrubias»—, Dominique Reyre resalta en primer lugar el valor esencial del diccionario como representación de la concepción del universo que posee una comunidad: en tal sentido, un diccionario antiguo nos revela «un mundo desaparecido o a punto de extinguirse» (pág. XLV). El primer lexicógrafo en sentido lato dentro del campo de la lengua española es, sin duda, Sebastián de Covarrubias Horozco, cuya labor había tenido, sin embargo, ilustres precursores que le prepararon el camino. Fue Covarrubias (Toledo, 1539-Cuenca, 1613) hijo de familia ilustre —su padre había sido jurisconsulto y escritor de fama—, hombre de gran cultura, humanista y políglota, licenciado en teología por la Universidad de Salamanca, sacerdote, capellán de Felipe II, gran viajero y canónigo de Cuenca (cargo que le otorgó el papa Gregorio XIII durante su estancia en Roma). Pero, sobre todo, destacó por su amor a los libros. Establecido definitivamente en Cuenca, se dedica a la composición de sus obras, en especial el *Tesoro* y su *Suplemento*, cuya composición debió iniciarse hacia 1605 como un proyecto común y complementario, si bien el segundo texto quedó incompleto y manuscrito. En toda esta tarea le guiaba, como buen humanista, un afán de servir a sus compatriotas y de enaltecer su nación, y en tal empeño gastó los últimos y dolientes años de su vida.

Prosigue Dominique Reyre ofreciendo «unas llaves con que abrir algunas de las puertas que dan acceso a las salas del diccionario-museo» de Covarrubias, para lo cual expone al lector unas orientaciones a fin de que pueda «interpretar este espléndido díptico del saber áureo que es el *Tesoro* y su *Suplemento* y que hoy por primera vez se le obsequia en una edición íntegra y fiel al proyecto de su autor» (pág. 1). Prosiguiendo en esta intención, explica primeramente «la llave etimológica», pues, para Covarrubias y sus contemporáneos, la etimología —regida por unos parámetros mucho más laxos que los actuales— poseía un sentido muy diferente al que le otorgamos hoy; a Covarrubias le guiaba, además, la creencia generalizada de que el hebreo estaba en el origen de todas las lenguas y, por consiguiente, también de la española. Bajo la denominación de «la llave exegética», Reyre expone el sentido de la considerable información bíblica a la que con frecuencia acude Covarrubias en sus explicaciones del origen de muchas palabras, utilizando para ello la versión hebrea de la Biblia —fuente primera e indiscutible de autoridad—, aunque lo hace siempre con la prudencia que exigían los dictados del Concilio de Trento, que había decretado la primacía de la Vulgata. En el epígrafe de «la llave teológica», Reyre expone la vasta presencia de la teología en el *Tesoro*, donde Covarrubias manifiesta sus creencias ortodoxas y anatematiza los conceptos y personas vinculados con la herejía u otras confesiones religiosas. Bajo el título de «la llave para las voces raras», pone de manifiesto el gusto de Covarrubias por las términos insólitos —de manera especial reclamaron su atención los arcaísmos, extranjerismos, tecnicismos y el vocabulario de germanía—, todo lo cual convierte al *Tesoro* en un documento de importancia excepcional para la historia de la lengua espa-

ñola. Con el título de «la llave enciclopédica», Reyre insiste en la erudición caleidoscópica con que Covarrubias adornó la explicación de muchas entradas de su diccionario —cuya motivación se encuentra en el afán de abarcar globalmente todos los conocimientos, inherente al espíritu del humanismo—, primando entre sus fuentes los autores grecolatinos. Una ajustada bibliografía de las ediciones y manuscritos de las obras de Covarrubias, así como de los estudios sobre este autor y la lexicografía, pone broche final al estudio de Dominique Reyre.

Sigue, a continuación, el texto conjunto del *Tesoro* y el *Suplemento*, de acuerdo con los criterios expuestos anteriormente y acompañado de numerosas ilustraciones extraídas de obras contemporáneas a la de Covarrubias. A continuación aparecen los añadidos de Noydens. El denso volumen se cierra con un repertorio alfabético de entradas que envían a las ilustraciones injeridas en el texto.

Nos encontramos, pues, ante una sólida edición del *Tesoro* de Covarrubias, difícilmente mejorable y definitiva —o, al menos, de prolongada vigencia—, que, aparte de su valor intrínseco como obra literaria de carácter misceláneo, habrá de utilizarse subsidiariamente como referencia obligada en cuantos lugares se precise, especialmente en la anotación de nuestros clásicos. Según hemos indicado, esta edición no solo recoge, por vez primera, el texto conjunto del *Tesoro* y de su *Suplemento*, sino que añade un DVD en el que se suministran unos materiales que facilitan la consulta de la obra y la obtención de datos para un posible tratamiento ulterior. A los méritos ya señalados de esta publicación, hay que sumar además la esmeradísima composición material del libro —tanto en su tipografía, papel y encuadernación como en sus ilustraciones de época—, al que podemos calificar sin ambages de verdadera joya bibliográfica.

ANTONIO CASTRO DÍAZ

I.E.S. Triana